

## La secuela atómica

EDUARDO LADRON DE GUEVARA

Resulta que, casi sin darnos cuenta, han pasado veinte años desde el día aquél en que dos bombas atómicas casi nos privatizaron, cuando a un avión norteamericano se le cayeron al mar, en las playas almerienses de Palomares, en lo que se llamó «un accidente desgraciado que, afortunadamente, no ha tenido consecuencias».

Cuatro lustros separan las bombas de Nagasaki e Hiroshima de las de Palomares, si bien, por suerte, las nuestras apenas nos dieron un susto morrocotudo, que no pasó a mayores gracias, en primer lugar, a que no explotaron y, en segundo, a que un pescador llamado don Paco puso en ridículo a todos los sistemas de detección y rescate de ingenieros nucleares, localizando a ojo el lugar exacto donde se hallaban los petardos.

Durante años y años la Junta de Energía Nuclear aseguró que las bombas aquéllas no dejaron el más mínimo residuo radiactivo, lo que, sin embargo, no llegó a tranquilizar del todo al personal que vivía y vive en los alrededores del epicentro, que en cuanto llega una gripe o cualquier otra enfermedad menor ya están viendo el fan-

tasma de la contaminación riendo sobre sus cabezas.

Sin embargo, según el reciente informe de la junta, se acepta que las bombas de Palomares dejaron residuos radiactivos, si bien éstos fueron tan pequeños que no determinaron en la población síntomatología ni enfermedad alguna que pueda considerarse achacable a la contaminación residual. Por otra parte, «a partir de los análisis estadísticos de los fallecimientos producidos en la zona y de las causas que los han motivado —dice el informe— se ha deducido que el porcentaje acumulado de fallecimientos, en función de la edad, es comparable al correspondiente a España, y que el porcentaje de defunciones debidas a cáncer y leucemia es conjuntamente el 13,45%, valor comparable al 15,83% correspondiente a la media nacional de defunciones por tumores cancerígenos».

Todo esto está muy bien y debería tranquilizarnos de una vez por todas si no fuera por un dato que tenemos a mano y que no hay modo de olvidar: Fraus frumenti, en su libro «La opacación», en un apartado titulado «El ministro de Información y Turismo», dice que el barón cayóero, tuvo el valor de tirarse a las aguas para demostrar al mundo y a los «tous operators» que nuestras playas no tenían contaminación ni zarandajas, que nuestros tomates eran los mejores del mundo y que la sardinita asada en los chiringuitos continuaba siendo un manjar exquisito y barato. Y como al señor Fraga ni se le cayó el cebo ni enfermó, el turismo quedó convencido de que efectivamente no había pasado nada y que nuestras costas les esperaba con la paz, el sol y los buenos caldos de siempre para darle la bienvenida.

Para veinte años después, una pregunta ha salido y ya no hay modo de frenarla: ¿Por qué si le trubua la lenqueza? ¿No será por culpa de aquél baño? ¿No llevará el nictito la carga de un secreto íntimo, tantos años cultuado por amor a España?

Si los problemas ioníticos del caótico conciencia dor fueran determinarlos por algún tipo de residuo radiactivo que se le metiera en el frenillo hora, hora de explotarlos, sis en si mismo trábalampuas, reconociéndolo como un accidente de servicio. Y que el señor Calviño se pase a la otra orilla del río, que mejor sana más desesperación que quedarse si más el motivo de tanto tristeza que en la magnaria española.